

CUENTOS DELICIOSOS

J. R. Barat

ÍNDICE

Rollitos de vino.....	7
Agua de cebada	10
Sequillos.....	13
Pastelitos de boniato	16
Miguelillos.....	19
Calabaza asada	22
Cayaditos de San Blas	25
Amadí.....	28
Pan de higo.....	31
Corona de Gloria	34
Tortada carada.....	38
Torta de lata.....	42
Cocas de tocino.....	45
Turrón de Alicante	48
Anguilas	52
Suspiros	56
Empanadillas.....	59
Tortas de calabaza	62
Monas de Pascua.....	66
Rosquilletas.....	69
Churros.....	72
Almojábanas	75
Agua de limón	78
Brazo de gitano	81
Magdalenas.....	85
Turrón de Jijona.....	88
Leche merengada.....	91
Mocadorà de Sant Donís.....	94
Turrón de Guirlache	97
Galletas de huevo.....	101

Rollitos de vino



Jerónimo Romaguera lleva varios años guardando en lo más profundo del alma el secreto de su vida: quiere ser escritor. No un escritor local, no un poeta vulgar o un articulista de tres al cuarto en la prensa provinciana. No. Ha decidido ser un gran escritor. Un novelista con mayúsculas, un narrador del cual darán cuenta los libros de texto del futuro, las enciclopedias especializadas, los anales de la historia literaria.

Quiere romper moldes, iniciar una nueva corriente en la narrativa contemporánea. Para ello, lleva años analizando los títulos de los libros más vendidos, los estilos de los diferentes escritores, las líneas estéticas de las diversas editoriales de prestigio, los premios nacionales e internacionales. Se encuentra en disposición de escribir un auténtico *best-seller*, una obra

magnífica. Su obra. Una revelación literaria. Está convencido.

Lleva muchos días dándole vueltas en la cabeza a la primera frase del libro. La primera frase es decisiva. El libro entero depende de esa primera frase. Su cabeza no para de dar vueltas a lo mismo. La primera frase.

Por fin, ha llegado el momento. Jerónimo Romaguera se ha sentado ante el ordenador con una bandeja de rollitos de vino y una botella de mistela. Su mujer y sus hijos duermen. Son las doce y media de la noche. Cuando escribe necesita concentrarse. Comer rollitos de vino y tomar pequeños sorbitos de algún licor le ayuda a concentrarse. Su mujer los hace. Mezcla aceite, limón, vino y azúcar. Luego añade la harina y la levadura. Están buenísimos. Jerónimo le da al interruptor y se come dos rollitos. Antes de que la pantalla se encienda toma un vasito de mistela. El cursor parpadea ante él. Jerónimo Romaguera se concentra. Cierra los ojos y deja la mente en blanco. Toma otro rollito y mastica en silencio.

De repente, sus dedos comienzan a teclear la primera frase: “El sol caía lentamente sobre el mar”. No, no. Faltan adjetivos, se dice. Toma otro trago y se mete un nuevo rollito en la boca. Vuelve a teclear: “El dorado sol caía lentamente sobre el mar azulado”. Jerónimo Romaguera no está muy convencido. Tal vez falta alguna comparación. Teclea: “El dorado sol caía lentamente sobre el mar azulado, como una gran pelota de fuego”. No. Lo de la pelota no le gusta. Suena a fútbol. Llena el vaso. Coge otro rollito y se lo zampa casi sin masticar. Mejor darle un tono mitológico. “El dorado Apolo con su carro de fuego caía sobre el azulado reino de Neptuno”. Tal vez es demasiado. Eliminemos mitología y pongamos algún cultismo o alguna re-

ferencia astronómica. Se bebe el vaso de un golpe y lo llena otra vez. “El astro rey con su célico carro ígneo se precipitaba sobre el cerúleo reino de Neptuno”. No. Es excesivo. Se zampa dos rollitos más y otro vasito de mistela mientras reflexiona. Mejor darle un tono natural. “El astro rey con su carro de fuego se precipitaba en el mar”. Quizá haya mucha metáfora. Quitemos paja: “El astro rey se precipitaba en el mar”. Sólo queda un rollito, lo coge y lo paladea con deleite. Vuelve al tema. Titubea. Seguramente será mejor eliminar todo lo superficial: “El sol caía al mar”. O mejor aún: “Caía la tarde”. O tal vez: “Empezaba la noche”. O simplemente: “Anochecía”.

Se le han terminado los rollitos y la botella está por la mitad.

Jerónimo duda. Enciende un cigarrillo. Se queda con la mente en blanco durante unos minutos en los que el silencio se vuelve insoportable. Apaga el cigarrillo y el ordenador, toma la botella por el cuello y comienza a beber a morro hasta que se la termina. Por la ventana puede verse la luna, como una guillotina en mitad de la noche. Es muy tarde. El reloj de pulsera marca las dos menos cinco.

Jerónimo Romaguera sonríe convencido de que está en el buen camino. Se levanta con bastante dificultad, y, procurando no despertar a su esposa, se acuesta sin quitarse la ropa. Mañana seguirá con la novela. Está seguro de que va a ser un verdadero *best-seller*.

Le pedirá a su mujer que nada más levantarse prepare una buena bandeja de rollitos. Son fundamentales para conseguir una buena concentración.

Agua de cebada



YO creo que el Señor ya me habrá perdonado. Lo que voy a contar ha permanecido durante más de cincuenta años en el arcón de mi memoria, en el cofre de mis secretos, guardado bajo la llave del silencio. Y no se lo he contado a nadie durante todo este tiempo por vergüenza, por timidez, por pudor, por qué sé yo. El caso es que jamás lo he contado. Pero soy muy viejo y cualquier día el Señor me puede pedir cuentas.

Fui yo. Sí. Lo confieso. Yo fui el que hizo el cambalache. Pero tengo que decir en mi defensa que yo no me sentí jamás el verdadero culpable. Fue Tobías, que era el más bruto del pueblo, el que empezó a malmeternos a todos con sus chulerías. Por aquel entonces, la mayoría tendríamos once o doce años, aunque él,

que era el monaguillo mayor, rondaría ya los catorce, si la memoria no me falla.

No recuerdo quién sacó el paquete de Celtas, pero tuvo que ser Tobías. O Jesús, el de la carnicería, que era también muy hombretón. Celtas cortos, claro. Comenzamos a fumar en el cuartucho que hay detrás de la sacristía, donde se guardaban las sotanas rojas y los roquetes blancos. Alguien sacó una revista con chicas desnudas y el ambiente se fue calentando. ¿Qué llevas ahí? Me preguntó Tobías. Agua de cebada. Era una pequeña botella de vidrio. Mi madre me había encargado que se la llevara a mi tío Andrés. Bah, dijo Tobías con desprecio. ¿A dónde vas con esa mierda?

Pronto comenzaron a circular los chistes verdes y las palabrotas. La revista de las chicas desnudas nos la quitábamos de las manos unos a otros y el cuartucho tenía tanto humo que no se podía ni respirar.

Fue Tobías, lo recuerdo muy bien, quien dijo lo del vino. Don Bonifacio guarda la botella en el armario pequeño. No tenéis huevos de echar un trago.

El vino del cura estaba dulce. Debía de ser mistela o algo así. Tan dulce que entraba por el gaznate sin que te dieras cuenta, y la botella iba de mano en mano, como la revista de las chavalas.

A la tercera ronda no quedaba ni una gota.

Qué vas a hacer con esa mierda, me preguntó Tobías. La mierda era el agua de cebada que yo llevaba en mi botella de vidrio. Se la tengo que llevar a mi tío Andrés. Me la ha dado mi madre. Bueno, pero si le quitas un poco no se enterará. Dudé. A todos nos brillaban los ojos. Anda, échale huevos, me dijo Tobías. Me estremecí. Es un cagado, apostilló Jesús el carnicero.

Total, que lo hice. Eché medio vaso más o menos. Tobías guardó la botella del cura en su armario y nos marchamos de allí entre risas. Yo no sabía si sentirme contento por mi hombría o apesadumbrado por mi cobardía.

Don Bonifacio nunca nos dijo nada. Pero jamás se me olvidará la cara que puso en plena Eucaristía, durante la misa mayor, con toda la iglesia llena de gente, cuando después de largar lo de “Tomad y bebed, porque esta es mi sangre”, se llevó el cáliz a los labios y se tragó de un golpe el agua de cebada.

Y todo por culpa de Tobías.



Sequillos



Simón Pascual era más pobre que las ratas, hasta que un golpe de suerte cambió su destino. Nunca destacó en nada. Era el quinto de un total de ocho hermanos que se habían criado como los gatos salvajes. En la escuela era siempre de los últimos porque ni Dios le había dotado de un gran ingenio ni el muchacho era capaz de malgastar más de cinco minutos de su vida ante un libro.

Así las cosas, a la edad de catorce años tuvo que empezar a trabajar. Su padre, un borrachín crónico, se pasaba los días y las noches en una especie de coma etílico, sin enterarse de nada, y su madre tenía bastante con ir por las casas a limpiar escaleras y ganar cuatro monedas.

Simón conoció varios trabajos pero ninguno de ellos le satisfacía: peón de albañil, jornalero del campo, repartidor de pollos.

Hasta que un día, por casualidad, al pasar por un horno vio un cartel pegado al cristal en el que se solicitaba aprendiz de panadería. Simón entró, preguntó qué había que hacer y dijo que sí a todo. Al día siguiente comenzó a trabajar en el horno. El primer día lo pasó rascando latas, rallando pan duro y moviendo sacos de harina. El segundo se dedicó a pesar ingredientes y pintar bollos. Por la tarde aprendió a heñir y bolear las masas.

El tercer día había que preparar sequillos.

Hacen falta muchos huevos, aceite, harina y azúcar. Y un buen lebrillo. Bájate al sótano y súbete el lebrillo amarillo, dijo el jefe.

Simón era de ese tipo de personas que van al mar y no encuentran agua, así que bajó al sótano y comenzó a buscar inútilmente lo que le habían pedido. Allí había de todo, como en un mercado persa: una lámpara antigua, varios sacos de harina, muchas barras de pan duro, palas viejas, maderas, hierros, sillas rotas, crucifijos oxidados, un somier de los tiempos de la guerra, trapos de colores indescriptibles, un retrato del Generalísimo, algunos carteles de toros.

Pero de lebrillos ni un duro.

Simón, lejos de desesperarse, se hallaba fascinado mirándolo todo, como un niño en una fábrica de juguetes. Sus ojos contemplaban aquel desbarajuste de objetos variopintos y soñaba que se encontraba en la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones, en un sótano mágico donde tenía que haber un tesoro escondido o un pasadizo secreto o quién sabe qué otros prodigios.

Por fin descubrió el lebrillo, grande y amarillo, en un rincón, medio oculto por los carteles de toros que anunciaban una novillada en el pueblo muchos años atrás, cuando él aún no había nacido. Fue a coger el lebrillo y notó que un azulejo de la pared sobresalía un poco por la parte de arriba. Daba la impresión de que había sido colocado recientemente. Simón intentó ajustar

el azulejo pero lo que consiguió fue justo lo contrario: el baldosín se acabó de soltar y estuvo a punto de caérsele al suelo y romperse. Por suerte se le quedó en la mano. Debajo del azulejo había un hueco, Simón se asomó con curiosidad y lo que halló lo dejó turulato. Aquel agujero estaba lleno de fajos de billetes.

Había tantos que podía empapelar su casa sin problemas. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue tapar el agujero con el azulejo y olvidarse de lo que había descubierto. Así lo hizo. Puso el baldosín con cuidado y luego colocó encima los carteles de toros, el retrato de Franco y unos cuantos trapos sucios. Tomó el lebrillo y subió al horno. ¿Cómo has tardado tanto? Es que no encontraba el lebrillo. Hay que estar capullo, dijo el jefe.

Simón estuvo todo el día haciendo sequillos con las manos y contando billetes con el pensamiento. Por la noche, en su casa, no podía conciliar el sueño. Trataba de olvidar lo que había descubierto, pero su mente volvía una y otra vez al escondrijo secreto y, atacado por el insomnio, comenzaba a contar billetes como si contara ovejitas.

Al día siguiente, aprovechando un rato que se quedó solo en el horno, bajó al sótano y metió todos los billetes en una gran bolsa. Escribió en un papel “Me boll, gefe, dejo el travajo” y se marchó para siempre. Desapareció de la ciudad y se fue muy lejos, dispuesto a darse la gran vida. Como siempre había soñado.

La policía detuvo al panadero, que utilizaba el horno como tapadera, dos días después. Por tráfico de cocaína, de armas y de blancas.

Simón, incapaz de leer un periódico o de ver un telediario, ignoraba que se había convertido en el hombre más buscado del país: la policía y la mafia le seguían los talones. Era solo cuestión de tiempo saber quién se llevaría el gato al agua.

Pastelitos de boniato



Mi amigo Gonzalo Sabater es el tío con más suerte que conozco. El payo no da un palo al agua y vive como un marajá. Quiero decir que no hace nada, vamos. Se pasa el día tumbado viendo la tele o jugando a la plaiesteisión. Los libros ni los abre. Encima, su padre le acaba de regalar una moto que te cagas. Es roja y farda un montón.

Se sienta al fondo de la clase y se pasa el rato escribiendo guarradas a las chicas o comiendo pastelitos de boniato que le gustan un huevo y que los compra en una pastelería que hay ahí al lado del instituto. Los profes no le preguntan nunca. Bueno, sólo el de Lengua, don Juan, de vez en cuando le pregunta algo. Pero mi amigo Gonzalo se burla hasta de su padre. Don Juan, el otro día, le preguntó, a ver, Sabater,

¿sabe usted quién fue Miguel de Cervantes?, y el tío va y le contesta uno que juega en el Barça y tal. Así, con la coletilla y todo.

No veas la risa. Toda la clase meándose encima. Y Gonzalo como si nada, comiendo pastelitos de boniato tan tranquilo. Don Juan, cabreado, lo amenazó con llevarlo a la Jefa de Estudios si seguía comiendo pastas y diciendo tonterías. Pero mi amigo Gonzalo, que no se arruga, le dijo que una mierda y tal. Don Juan se puso más rojo que los tomates que trae mi madre del mercado y trató de echarlo de la clase. Pero Gonzalo, que tiene un par de cojones, dijo que yo no me muevo y tal. Y siguió comiendo pastelitos de boniato el tío.

Al final, fue don Juan el que salió y volvió al rato con la Jefa de Estudios. Pero ni por esas. Doña Remedios quiso quitarle los dulces y Gonzalo se cagó en su madre. La mujer, tratando de no perder los nervios, intentó llevárselo por las buenas, pero Gonzalo volvió a demostrar que tiene un par de cojones. A mí no me pone la mano encima una tía si no es “p’hacerme” una paja y tal. Dijo el tío. No veas la que se armó. Toda la peña por el suelo de la risa. Y doña Remedios que echaba fuego por los ojos. Y don Juan que seguía igual de colorado.

Entre el conserje y un par de profesores consiguieron sacar a Gonzalo de la clase. Los pastelitos de boniato se cayeron al suelo mientras lo empujaban y mi amigo les dijo del mal que tenían que morir. Por los pasillos iba gritando y diciendo cabrones, hijoputas y tal. Las puertas se iban abriendo y de todas las aulas asomaban profesores y alumnos para ver el espectáculo.